

Resiliencia y adolescencia. La desintegración de las instituciones es la desintegración del psiquismo

WILLIAM GONZÁLEZ V.*



Fernando Botero, Mujer llorando. Tomado del libro, Arte y Violencia en Colombia

«El enemigo de la verdad no es la mentira, ¡es el mito! Desconfiamos de las mentiras y tratamos de representarlas, mientras que adoramos los mitos y pedimos someternos a ellos. No es la persuasión la que produce la sumisión, es una puesta en escena comportamental la que estructura la emoción y la hace circular».

BORIS CYRULNIK

* Postdoctor en Filosofía, Universidad París VIII Francia. Director, Grupo Etología y Filosofía reconocido por Colciencias. Profesor, Departamento de Filosofía, Universidad del Valle.

Resumen

Partiendo de una teoría de la neotenia humana que nos muestra el estado carente en el que el hombre llega al mundo (L. Bolk) este artículo trata de reflexionar con las categorías de la teoría del apego (J. Bowlby) y de la resiliencia (B. Cyrulnik) sobre el tema de la adolescencia y la resiliencia. La resiliencia es la capacidad que tienen ciertos individuos para transformar un golpe en algo positivo y hacerlo aceptable. Las instituciones y en especial la cultura deben funcionar como «tutores de desarrollo» para orientar el comportamiento de la juventud. El caso concreto de nuestro país no es la excepción a la regla.

Palabras clave

Resiliencia, emoción, Apego, Neotenia, Etología, Oximoron.

Résumé

Partant d'une théorie de la néoténie humaine que prouve l'état carenciel dans lequel l'homme arrive au monde (L. Bolk) cet article essaie de réfléchir autour de la «résilience et la adolescence» avec les catégories de la théorie de l'attachement (J. Bowlby) et de la résilience (B. Cyrulnik). La résilience est la capacité qui ont certains individus pour transformer un coup dans quelque chose de positif, le faire acceptable. Les institutions et plus précisément la culture doivent fonctionner comme des «tuteurs de développement» pour orienter le comportement de la jeunesse. Le cas de notre pays n'est pas une exception à la règle.

Mots clés

Résilience, Emotion. Attachement, éthologie, Néoténie, Oximoron.

1. De la emoción al apego

Según Cyrulnik la emoción existe cuando hay una materialidad de la comunicación encarnada en lo sensorial. Lo afectivo es otra cosa, requiere copresencia, miradas, objetos sonoros, vocalizaciones, posturas, etc. Con el transporte afectivo a través de los canales sensoriales puedo disparar en el otro, emociones. La afectividad es en suma un transporte de emociones. En lo afectivo hay una intención de intercambio, mientras que lo emocional se queda en lo biológico. Por eso la emoción tiene mucho que ver con sonrojar, palidecer, corazón que se acelera, boca que se seca, manos que sudan, un sujeto que tiembla. Para percibir esto hay que verse sobre una imagen, repensar lo que le ha sucedido, representarlo, hablar en su mundo interpersonal. A esto se lo llamará el «mundo interpersonal de intercambios afectivos». Y no se trata de telepatía. Hay una materialidad de la comunicación que la etología estudia y que es esencial para la antropología.

La emoción y la afectividad están mediadas por el *apego* (*attachement*). El apego está definido por relaciones particulares que sostienen numerosos animales con elementos de su entorno social y no social. Para el caso no social se conocen apegos realizados frente a un objeto, a un biotipo particular, a un territorio geográfico. Sobre el plano biosocial, el apego es una dependencia entre individuos, una necesidad para su desarrollo: esto sucede sobre todo entre los miembros de una pareja (*lazo conyugal*), entre los recién nacidos y la madre (*apego madre-niño*) o entre los miembros de un grupo (*cohesión social*). De manera más estricta se habla de apego cuando un animal reserva ciertas conductas particulares a otro, inhibiendo por ejemplo su agresividad. El

comportamiento de apego «madre-niño» se observa en casi todos los mamíferos, pero es más evidente en los primates, ya que el contacto corporal juega un papel importante como lo había visto Harry F. Harlow.¹ Se sabe que el contacto con la madre, en animales y humanos, favorece la transmisión de comportamientos adquiridos. La perturbación del apego produce el «síndrome del aislamiento». Se trata de una privación de experiencias que finaliza en apatías, agitación y conductas estereotipadas. Truncar el apego es truncar la capacidad para expresar un comportamiento. Así los simios *Rhésus* en cautiverio son apáticos, tienen gestos autocentros, se cubren los ojos, se agreden a sí mismos, se ubican en una esquina de su jaula, se masturban, etc., este es un comportamiento típico de animales criados sin sistemas de apego. La separación de la madre en etapas tempranas puede ser perjudicial (fenómeno del «hospitalismo» descrito por René Spitz), pero la no separación puede ser funesta, como en el caso de las madres que se convierten en «prisiones afectivas», sus pequeños son temerosos, titubeantes, lánguidos e incapaces de experimentar la aventura de la vida.

Un niño, por ejemplo, sólo puede pensar, si percibe la diferencia; diferencia con su madre, con el medio ambiente, con su padre y con todos los demás. De la sensación de diferencia nace el pensamiento. Pero esta diferencia sólo es posible si al buen apego le sigue una buena separación. Cuando no se tiene un inductor, un atractor (padre, madre o un «tutor de desarrollo» para utilizar la expresión de B. Cyrulnik) se observa cómo los niños centran su mirada

sobre sí mismos evitando la de los otros, se cogen la cabeza, cierran los hombros, se balancean, se masturban, chupan su pulgar, etc. Neurológicamente tienen todo pero les falta una diferencia, algo en qué percibir lo otro. Esto implica cambiar la manera como pensamos la biología, ya que seguimos creyendo que el observador no modifica la biología del otro. Esto prueba igualmente que existe una biología pericorporal centrada en las interrelaciones.² Un ejemplo basta para apoyar esta hipótesis: las madres cuyo embarazo es fruto de un incesto muchas veces tienen una baja autoestima debido a la carga social, familiar y moral que este acontecimiento tiene, lo cual hace que estas madres se relacionen poco con su bebé. El poco contacto modifica la secreción de neurohormonas de esta criatura, que como resultado tendrá trastornos en su desarrollo. Se sabe que los relatos lingüísticos modifican igualmente la secreción de inmonoglobulinas, lo cual permite pensar que la palabra, en tanto que tratamiento de la emoción, tiene consecuencias biológicas. Así pues, el animal humano necesita de la interrelación para poder vivir. Esta interrelación se traduce en la construcción de apegos representados en personas, objetos, ideas u otros mecanismos; su función consiste en darnos seguridad, en ofrecernos una «base segura». Veamos ahora cómo la posesión de un buen apego durante la infancia permite afrontar los retos y los momentos de desgracia a los que nos somete muchas veces la vida.

2. La resiliencia o la lógica del sufrimiento

Partiendo igualmente de la etología, John Bowlby³ demostró con-

1. Harlow H., «Las afectividades», En *Del animal al hombre*, Ediciones Extremo Occidente, Cali, 2004 (Trad. William González).

2. Ver Cyrulnik B., *De la parole comme d'une molécule*, Le Seuil, París, 1995.

3. En cuanto al tema del apego podemos citar la obra de Bowlby J., *Attachment and Loss I*, The Hogarth Press, Londres, 3 Vol. 1969. Ainsworth, M.D.S., *Infancy in Uganda: Infant Care and Growth of Love*, Baltimore, MD: Johns Hopkins Press, 1967. En cuanto al tema de la resiliencia, la obra de Rutter M., Sdlir K., «L'enfant et la résilience» *Le journal des psychologues*, París, No. 162, p. 46-49. Cyrulnik B., *Le murmure des fantomes*, Odile Jacob, París, 2003.

tra la psicología algo aplicable también a la filosofía: la creencia ciega en el hecho implícito de que cuanto más dura es la vida más cerca se está de la depresión. O lo que es lo mismo, mientras más una vida se hace insostenible, más las víctimas son infelices ante tal padecimiento. Es así como los intelectuales hemos aceptado *a priori* el que haya víctimas y victimarios, y sobre todo que debemos correr en auxilio de las víctimas. En estos análisis la historia es vista como un destino y el desarrollo futuro de los individuos allí implicados es percibido como sombrío. A esto se agrega el que las ciencias humanas analizan sólo a las víctimas y no a aquellos que a pesar de ser acechados por el sufrimiento logran sin embargo construir su propia vida. Los intelectuales llegan así a la idea de un mundo social e histórico que mantiene sometido al mundo interior que habría que salvar. Se olvidan de esos individuos que habiendo padecido severas catástrofes y heridas de alma, logran sin embargo llevar una vida y construir ilusiones. A estos individuos que al encajar un golpe lo convierten en aliciente de vida o en creación se les llamará *resilientes*. Pero de manera más profunda, ¿qué es la resiliencia? Sobrevolemos un tanto el concepto.

Boris Cyrulnik dice que es un proceso diacrónico y sincrónico en el que fuerzas biológicas, históricas, afectivas y sociales se articulan para metamorfosear un golpe recibido en algo soportable. «Resiliencia» es un término traído de la física, pero que en ciencias sociales ya no designa solamente la resistencia de un material o su capacidad para deformarse y retomar su forma, sino que designa el conjunto de estrategias que emplea un individuo para hacer de una situación amarga algo soportable. Más que diacrónico y sincrónico,



Tomado de la Revista Expresé

co, la resiliencia es un proceso psicobiológico tanto intensivo como estratégico. Es la oposición de fuerzas y tensiones que hacen que un individuo, aun sin poseer una armonía o un equilibrio perfecto, pueda vivir su vida de manera intensa y feliz.⁴ La resiliencia atañe a lo secreto y a lo críptico que hay en todo individuo. Si bien es cierto que el punto máximo de manifestación de la resiliencia es el oxímoron y la poesía, ella también puede ser gesto, postura, acción. La resiliencia no tiene nada que ver con la invulnerabilidad, es la capacidad para transformar un acontecimiento insostenible en algo vivible, no es borrarlo, es transformarlo, metamorfosearlo.

La lengua sigue siendo, sin embargo, un instrumento privilegiado de resiliencia. Cuando otro nos escucha, es una historia íntima que nos une a él, es una relación íntima que comienza. Decir lo sucedido es sentirlo de otra manera. Confiarse a alguien es crear un vínculo con el otro. Hacer un relato de sí mismo es difícil, ya que hay que salvar a narciso. Es mostrar la parte no convencio-

4. Cyrulnik B., *Un merveilleux malheur*, Odile Jacob, París, 1999.

Las teorías del apego y la resiliencia muestran desde hace más de treinta años que no todo niño o joven maltratado será un adulto maltratador; que muchas de las personas sometidas a graves situaciones durante la infancia y la adolescencia se convirtieron en vidas coherentes y hasta en grandes creadores.

nal («críptica» dirá Cyrulnik) de mí y luchar para que la cultura me acepte tal cual soy. «Apreciar la historia de otra persona es aceptar una relación íntima por relato o libro interpuesto. Al contrario, esos que se molestan con la confesión y sienten una sensación de impudor (ponerse al desnudo) atestiguan no poder establecer una relación más que a través de circuitos sociales convenientes. Ellos se protegen de un encuentro íntimo con el autor detrás de la convención, los estereotipos sociales. «Yo» no existe más que por el «se». Cuando el yo es frágil, el nosotros nos sirve de prótesis. Este cuadro identitario es muy agradable, puesto que permite la comunión al adorar al mismo ídolo y al recitar las mismas letanías. Pero aquí el individuo no tiene derecho a expresarse más que siendo miembro de esta comunidad. El sentimiento de pertenencia es delicioso pero conlleva la amputación del individuo y el desprecio de esos que adoran a otros ídolos y recitan otros eslóganes. El relato de sí mismo es el bálsamo para las penas de narciso. Es la plenitud del individuo que, casi siempre, cuando se abre, cuenta los sufrimientos infligidos por la sociedad».⁵

Construir un relato sobre nuestra propia historia es metamorfosearla, es historizar y estetizar nuestra existencia, poco importa si el relato que realizamos es una ficción, pues de lo que se trata es de dominar nuestras emociones. Por eso encontramos casos como el de Baudelaire, Byron, Swift, Voltaire, Tolstói, es decir, 17 de los 35 autores citados en los manuales de literatura francesa, según Cyrulnik, que convirtieron su orfandad temprana y su sufrimiento en magníficas obras. Estos mecanismos pueden

extenderse incluso a las instituciones. La escuela por ejemplo puede ser un paraíso para un niño cuyo hogar es un infierno y convertirse *anormalmente buen estudiante*. Para otras personas más adultas sabe que el trabajo puede ser un lugar de afectividad cuando el matrimonio es un horror, y uno puede convertirse en *anormalmente buen empleado*. Más que una reparación, la resiliencia es una restauración, de allí que la historia y nuestro pasado no puedan ser concebidos como un destino. «Ni acero, ni superhombres, el resiliente no puede escapar al oxímoron cuyo emblema podría ser la perla de la ostra: un grano de arena penetra la ostra y la agrede, hasta el punto que para defenderse debe secretar el nácar redondeado. Esta reacción de defensa da como resultado una joya dura, brillante y preciosa».⁶

El oxímoron es el precio a pagar por la resiliencia. El oxímoron no es una ambivalencia ya que esta última es una pulsión entre cosas en conflicto; el oxímoron es un contraste, un acontecimiento, una agitación discreta. Los melancólicos hablan de la «horrible maravilla de la muerte», que es horrible por que van a morir, pero al mismo tiempo maravillosa porque así dejarán de sufrir. «El oxímoron es característico de una personalidad herida, pero que resiste, de una personalidad que sufre, pero está encantada de esperar (...) La resiliencia define la fuerza de esos que, habiendo recibido un golpe, han podido superarlo. El oxímoron describe el mundo íntimo de esos vencedores heridos».⁷

3. Adolescencia y resiliencia: el drama de nuestra sociedad

Los estudios muestran que alrededor de once millones de habi-

5. *Ibid.*, p. 134.

6. Cyrulnik B., *Les vilains petits canards*, Odile Jacob, París, 2001, p. 207.

7. Cyrulnik B., *Un merveilleux malheur*, Op. Cit, p. 24.

tantes de nuestro país están entre los 14 y 26 años de edad. En la región del Valle del Cauca para el año 2003 hay una población de 4.344.074 habitantes, de los cuales el 34.49% son jóvenes. Para el caso de Cali el porcentaje de jóvenes es de 33.4%. Si se observan las estadísticas de los índices de violencia, los jóvenes entre 14 y 29 años cuentan con un 14.2% de las muertes del departamento, la mayoría por muerte violenta, y son más afectados los hombres (19.4%) que las mujeres (6.4%). Esta dinámica es idéntica para el caso de Santiago de Cali.⁸ Estos simples datos señalan dos cosas importantes y poco tenidas en cuenta: 1. Nuestro país es un país de jóvenes. 2. No hay políticas adecuadas para atender este nuevo fenómeno que es el adolescente.

Ahora bien, ¿qué sucede con el resto de la población joven, es decir, con ese 66.6% restante? ¿Por qué ellos no están dentro de esta estadística fatídica que les prefigura un horizonte negativo de desarrollo y muerte? ¿Qué han hecho estos jóvenes para escapar a este destino sangriento y mortal, a pesar de su falta de educación, del desempleo, de la escasez de oportunidades y del abandono social al que han sido sometidos? ¿Son simplemente potenciales delincuentes o víctimas que tarde o temprano caerán dentro de ese horizonte nefasto? Lo más sorprendente es que no es así. En su mayoría son resilientes por excelencia.

El estudio de esta capa de la población juvenil, que sometida a las mismas condiciones negativas, desarrolla sin embargo su vida dentro de prácticas totalmente diferentes y muchas veces contrarias a lo que las teorías ya hechas y prefabricadas desean mostrar, puede enseñarnos tanto sobre el hombre,



Rolf Abderhalden, *Camino*. Tomado del libro, *Arte y Violencia en Colombia*

como el análisis de los casos-problema. Esto deberá generar un saber nuevo sobre nuestros propios quehaceres, nuestras formas de vida, sobre el ¿qué somos? y ¿hacia dónde nos dirigimos? Sólo en una sociedad del conocimiento, que esté por fuera de las ideas recibidas, y de los *a priori* teóricos, podremos tomar decisiones políticas adecuadas a la situación de nuestros adolescentes. Si estudiamos esta capa de la población que no cae en el fracaso, como lo predicen las teorías, podremos obtener nuevos datos para comprender esa otra franja de población que se desintegra.

Las teorías del *apego* y la *resiliencia* muestran desde hace más de treinta años que no todo niño o joven maltratado será un adulto mal-

8. Fuente: *Juventud y Región. Estudio exploratorio sobre la juventud en el Valle del Cauca*, Gobernación del Valle del Cauca/Secretaría de Desarrollo Social/Corpovalle, 2000.9. Cyrulnik B., *Les vilains petits canards*, p. 31.



Rolf Abderhalden, *Camino (fragmento)*, Tomado del libro, Arte y Violencia en Colombia

tratador; que muchas de las personas sometidas a graves situaciones durante la infancia y la adolescencia se convirtieron en vidas coherentes y hasta en grandes creadores. ¿Cómo lo han logrado?

Antes que nada enfrentemos de manera sucinta los dos conceptos mayores que tocan a esta problemática: *resiliencia* y *adolescencia*.

Resiliencia decíamos es una palabra francesa nueva que viene del latín *re-salire*, que significa rebotar y define a un cuerpo que permanece estable frente a los fuertes golpes y a las presiones del medio. Es una palabra corriente en los países anglosajones, es una práctica cotidiana en los países de América del Sur en donde el concepto de resiliencia, debido a los fracasos constantes que conocen los niños y los jóvenes, ha adquirido una gran relevancia. Esta capacidad para soportar un golpe (resiliencia) es una metáfora y las metáforas son útiles, pero muchas veces peligrosas. No hay que tomar la imagen por la cosa. No se trata de decir que la herida no existe. La herida las personas la tienen, pero sin embargo crean es-

trategias que les permiten seguir adelante. Es en este contexto de las «estrategias» frente a un sufrimiento donde utilizaremos esta metáfora. El concepto de resiliencia designa una respuesta frente a golpes de la vida, no se trata de una aptitud de reflejo frente a la felicidad, es un mecanismo de defensa que se opone a esa infelicidad.

La resiliencia es un tema abandonado por los círculos intelectuales, puesto que nos son más confortables las teorías que predicen los comportamientos. Así, se nos ha dicho que los niños que tienen una privación materna en el período llamado «crítico», durante el primer mes son llorones, en el segundo mes rechazan el contacto, en el tercero son inexpressivos, luego se ponen boca abajo y se dejan morir. Aquellos que sobreviven se convierten en delincuentes y débiles. Pero el mismo René Spitz, que trabajó en este campo, demostró lo contrario: que si se substituye a la madre, las dos terceras partes de estos niños tienen un desarrollo normal.

La gente metamorfosea lo sufrido a través de muchos y diferentes mecanismos costosos pero eficientes: niega la memoria, se vuelve un loco soñador, milita y se vuelve altruista. En todos estos mecanismos el lenguaje juega un papel central. Pero por «lenguaje» hay que entender los mecanismos verbales, pero también los posturales, gestuales, ilustradores, acciones.

La resiliencia nos invita a considerar el traumatismo como un desafío, puesto que obliga a afrontar la vida como un tejido de innumerables posibilidades. Ahora bien, en un contexto familiar, social o culturalmente petrificado será difícil crear situaciones de refuerzo relacional. Allí donde el contexto es vivo y las fuerzas moldeantes no cesan de cambiar, los resilientes tienen mayores posibilidades de re-

construirse. Esto se ve en los adolescentes: cuando el deseo sexual surge, la prohibición del incesto y los circuitos sociales moldean su estilo relacional con más facilidad. La biología es importante para moldear lo que se es, pero igualmente el medio. Un ambiente constituido por múltiples sistemas de apego y bases de seguridad aumenta los factores de resiliencia, ya que se convierte en un lugar significativo en el que la persona puede ir a la aventura; por el contrario un ambiente culturalmente pobre crea factores de riesgo.

Los desengaños y los desencantos son soportables mientras se haga un relato, la vida debe ser relatada o teatralizada para ser soportada. Ahora bien, en medios en donde el exceso de moralización o simplemente la represión prohíbe que se hable de ciertos temas, como por ejemplo el incesto, la masturbación, el desarraigo por la vida, estos relatos, sean hablados o teatralizados, no se producen jamás y dan paso a formas de expresión en las que las emociones son ingobernables. Contar su desastre, dice B. Cyrulnik, es hacerlo existir en el espíritu de otra persona, es crear la ilusión de ser comprendido y aceptado a pesar de la herida, es también una confianza. Cuando la pena es compartida, cambia de forma. Sin embargo no todo puede ser dicho de manera brutal, tal cual se piensa. Muchas veces es necesario amputar una parte de la personalidad para lograr curar las heridas del alma. El que cuenta su pasado no lo revive, sino que lo reconstruye, lo cual no quiere decir que lo invente o que mienta, se trata más bien de una reelaboración de la emoción. Boris Cyrulnik, Alain Braconnier, Michel Rutter y otros consideran que el relato es un sistema de reparación, una sutura que nos permite estetizar nuestra existencia, para hacer de un golpe o una herida algo aceptable y productivo,

es un reacomodamiento de las partes heridas de nuestra personalidad. Por eso detrás de una personalidad serena y clara puede haber una parte penosa e inconfesable. «El simple hecho de constatar que un cierto número de niños traumatizados resisten estas duras pruebas, e incluso las utilizan para volverse más humanos, puede explicarse, no en términos del superhombre o de la invulnerabilidad, sino asociando la adquisición de las fuentes internas afectivas y comportamentales de los primeros años, con la disposición de recursos externos sociales y culturales».⁹

En cuanto a la palabra *adolescencia*, es también un nuevo concepto desde el punto de vista histórico y del tratamiento social, puesto que el *adolescente tiene una definición esencialmente social*. Mientras que la *pubertad* tiene una definición biológica [lo hormonal (menstruación y erecciones incontroladas), los cambios morfológicos, el alto interés por lo sexual], la *adolescencia* tiene una definición social (la forma de comportarse, la reivindicación de ciertos derechos y prácticas, la aparición de nuevas formas de problematizar su existencia). Si esta diferenciación entre pubertad y adolescencia es necesaria, lo es porque en los países pobres, en donde los jóvenes no estudian, no tienen acceso a la cultura, allí donde los mecanismos sociales no les proponen nada, sencillamente no hay adolescencia. En estos casos, desde el momento en que las niñas son susceptibles de embarazo (pubertad), son empujadas a la reproducción y, desde el momento en que los muchachos son susceptibles de trabajar, son empujados a la producción. En estos casos, lo que se produce como capa social son *adultos preadolescentes*.

Ahora bien, no todos los sectores de la población pasan de la pubertad a una adultez sin adolescencia. Se pueden encontrar casos en donde el progreso realizado en la alimentación, en las prácticas de higiene, de relación social y educativa nos dan ejemplos de *adolescentes prepúberos* en medios cerrados, ya que la sociedad no posee estructuras más amplias que les permitan desarrollarse como personas. Estos son jóvenes cada vez más aptos física y psicológicamente, pero dependientes de los padres, y que a pesar de sus enormes progresos acceden a la autonomía cada vez más tarde. *Adultos preadolescentes* y *adolescentes prepúberos* son un lugar problemático y característico de nuestra sociedad, en donde unos y otros recurren a sus propios medios y estrategias para lograr darle una esencia a su vida. A estas estrategias en busca de la autonomía y la realización de sí, las denominaremos *resiliencia*.

Se sabe que en el siglo xvii las mujeres obtenían su menstruación a los 18 años, hoy nuestras jovencitas tienen su primera menstruación entre 10 años y medio y 11 años. Es decir, que el mejoramiento de nuestras condiciones de higiene y de vida ha hecho que la inteligencia de nuestros niños se desarrolle cada vez más rápido, lean y hablen cada vez más temprano; se trata de personas que están perfectamente desarrolladas, que tienen una personalidad que comienza a afirmarse cuando biológicamente son aún niños (neotenia)¹⁰ y por lo tanto empiezan a exigir autonomía. El resultado es que la sociedad no tiene cómo asumir este nuevo reto. Ni siquiera lo comprende y por lo tanto las medidas políticas que se toman son en la mayoría de los casos desadaptadas frente al problema real.



Rolf Abderhalden, *Camino (fragmento)*, Tomado del libro, *Arte y Violencia en Colombia*

9. Cyrulnik B., *Les vilains petits canards*, p. 31.



Rolf Aberhalden, *Camino (fragmento)*. Tomado del libro, *Arte y Violencia en Colombia*

Si tenemos en cuenta estas formas de resiliencia propias de los jóvenes, podemos encontrar factores para mejorar este pasaje desarrollando eso que Maryse Vaillant llama *las estructuras de mediación* o *espacios de mediación*¹¹ que inciten mecanismos de resiliencia y que ofrezcan factores de desarrollo. Y en esto probablemente falla nuestra cultura; al mismo tiempo que progresa en biología, en psicología, en derechos humanos y en educación durante los primeros años de vida, no ha progresado en estructuras de mediación para los adolescentes, pues estas sólo pueden ser definidas analizando las estrategias de resiliencia que ellos utilizan. Una buena parte de las teorías de la resiliencia que han sido desarrolladas en Europa desconocen de manera total las formas de resiliencia de nuestros adolescentes y condenan sus formas de vida a la categoría de comportamientos antisociales y perversos. Pensamos notablemente en ciertas formas religiosas que algunos teóricos europeos consideran como formas de resiliencia y búsqueda de bases seguras, en nuestro ambiente pueden funcionar como una amputación de la facultad de juzgar propia de cada individuo, debido a la falta de oportunidades culturales que no tienen comparación con Europa. En nuestro medio podemos fácilmente encontrar casos de jóvenes que se reparan a sí mismos a través de la violencia y la droga por ejemplo. No queremos decir que esta práctica deba ser aceptada socialmente, pero sí comprendida. En muchos casos la violencia, la droga y otros comportamientos considerados como «anti-sociales» son meca-

nismos resilientes que impiden el suicidio, pero que no facilitan la socialización. Lograr cambiar esta concepción intelectual es un primer paso. No podemos generalizar diciendo a través de las políticas nacionales y regionales que «la violencia se convirtió en una estrategia para sobrevivir y la agresividad en una actitud ante la vida. A la expresión de la juventud comunera la marcó la precariedad de sus condiciones de vida, la inconformidad, la desadaptación, la represión a sus formas de expresión y la caracterización de su existencia como un problema...»¹² Para refutar esta concepción en la que la pobreza está asociada a la violencia, es suficiente con revisar los comportamientos de los sectores indígenas, igualmente sometidos a condiciones de pobreza extremas, y que no funcionan al interior de dicha ecuación. Muchas de las pocas instituciones que existen para ayudar a los jóvenes aplastan las estrategias de resiliencia ya que se mueven dentro de esa lógica pobreza-violencia o comportamientos atípicos-víctimas. Es necesario comprender la lógica en que se mueven aquellos que habiendo sido sometidos a condiciones atroces, inventan mecanismos de resiliencia para hacer la vida aceptable, incluso si en un primer momento estas estrategias son asociales.

La autonomía social de los jóvenes está tan retrasada que se observan cada vez más adolescentes que tienen relaciones sexuales en el mismo apartamento que sus padres. Lo que hace, según M. Vaillant y B. Cyrulnik, que ahora veamos a

10. Neotenia es la capacidad de un organismo para reproducirse cuando aún es larvario. L. Bolk definió al hombre como un «feto de primate» cuya neotenia afectaba el desarrollo de su vida. Cuanto más avancemos en el camino del progreso más nuestra sociedad se infantiliza. Louis Bolk mostró en 1926 los diversos primitivismos orgánicos que lo caracterizan si lo comparamos con los mamíferos superiores. Nombremos algunos: carencia de pelaje en el momento de su nacimiento que hace de su piel una de las más inadaptadas del reino animal, carencia de órganos de ataque para su defensa, dentición primitiva, estructura indeterminada de la mandíbula que no es ni herbívora ni carnívora, disfuncionamiento del ovario femenino cuyo germen es funcional a cinco años mientras que su estructura corporal no puede soportar un embarazo más que a doce años y la madurez psíquica está alrededor de los 18 años, pérdida de pigmentación de los cabellos, la piel y los ojos, adiposidad creciente, crecimiento incontrolado del apetito, la dificultad para elegir de manera estable un compañero sexual, suturas craneales abiertas al momento de nacer, falta de maduración en el desarrollo cerebral al no poder recordar los acontecimientos de sus primeros cuatro años de vida, la desintegración de los sistemas instintivos, etc. En fin, si aceptamos la comparación con los grandes simios, el hombre, como lo dirá con fuerza Portmann, es un ser «desesperadamente inadaptable», «un feto de primate.» Ver Bolk L., «Génesis del Hombre», en *El hombre en cuestión*, Grupo «Etología y Filosofía», Universidad del Valle, Cali, 2001 (Trad. William González V.). Ver igualmente González W., *Généalogie et pragmatique. L'homme à l'épreuve de lui-même*, Editions de L'Harmattan, Paris, 2003.

11. Vaillant M, et Leblanc J-P, *Nouvelles problématiques adolescentes. Pratiques institutionnelles en recherche*, Éditions de L'Harmattan, Paris, 2001.

12. Fuente: *Sistematización del proyecto de servicios integrados para jóvenes*, Colombia Joven, Presidencia de la República, Bogotá, Módulo II, 2003, p. 13-14.

dos generaciones tener relaciones sexuales separadas por un muro que no está siempre bien aislado. Es así como llegamos a este resultado, probablemente nuevo en nuestra cultura. Los padres no saben qué hacer para no escuchar los juegos amorosos de sus jóvenes y viceversa; el resultado es que hemos llegado al desarrollo del sentimiento incestuoso. De esta forma la familia, que es donde se comparten las vidas y se crean los lugares de *apego*, se convierte también en el lugar de incitación y construcción, si no de prácticas incestuosas, al menos sí del «sentimiento incestuoso». «Vemos actualmente adolescentes que impiden a sus parientes dormir debido a sus juegos sexuales, vemos adolescentes fastidiados por el escote de su madre; vemos lindas adolescentes transformarse en golosinas sexuales y, que se esconden durante la noche porque tienen miedo de su padre. Este resultado podemos probablemente atribuirlo a una sociedad que ha progresado, pero no en todos los planos de igual manera y que no ha previsto aún estructuras de mediación para la adolescencia que les permitan socializarse y superar las pruebas inevitables. No hay estructuras, allí está la confusión».¹³ Si la adolescencia no está enmarcada dentro de un cuadro identitario y rodeada de proyectos de vida posibilitados por la cultura y las instancias políticas, queda gobernada exclusivamente por pulsiones, emociones y la agresividad propia a todo mamífero superior. Por eso la represión, en tanto que única respuesta social que se encuentra ante estos casos, agrava en el fondo la cuestión.

Hay que propender a una «sociedad del conocimiento» ya que la vida misma es filosófica, es necesario ofrecer desde un punto de vista real, circuitos de expresión que les permitan a los individuos desarrollarse dentro de un ambiente de conocimiento y debate. Si no hay estructuras el individuo no se desarrolla, él ritualiza los comportamientos antisociales. Un hombre que no puede acceder a la palabra, produce reacciones violentas. Pero también es importante *pertenecer* a algo, esta es una condición necesaria para fabricar un *proyecto* de vida, ya que sin proyecto no hay vida posible. Todo esto se logra a través de la cultura.

Los estudios realizados sobre niños abandonados y sobre grupos en donde la pobreza, no sólo social, sino también cultural reina, muestran que desde el punto de vista comportamental estos niños aumentan las actividades autocentradas, no se pueden controlar las emociones, hasta el caso extremo en que atacan a quienes tratan de amarlos. Que los amen los desespera, los angustia. Ellos sólo pueden jerarquizar una relación social a través de la violencia. Padecen una confusión en los gestos ya que no aprendieron a amar en su primera infancia y no poseen mecanismos culturales que les sirvan de guías del comportamiento o de la creación. Con esto no queremos señalar una fatalidad. Su desarrollo sigue siendo posible, ya que las estructuras biológicas y comportamentales que nos constituyen son maleables y moldeables, siempre es posible reelaborar lo sucedido. «Los textos de Spitz, de Anna Freud y de François Dolto muestran cómo en

una cohorte de 123 niños, 19 mueren por edemas, 23 se convirtieron en psicópatas delincuentes con paso al acto, sin representarse la herida que ellos infligen a otro puesto que están sometidos a sus propias pulsiones, no tienen empatía, no han podido desarrollarse, hablar, y crear el mundo subjetivo con los otros, están sometidos a su cólera, a su disputa, a su miedo, a sus angustias, y entonces pasan al acto. Estos 23 niños se convirtieron en delincuentes y lo que había escrito Spitz, todos pudimos verificarlo. Lo aterrador es que nadie se interesó en los otros 81 niños que, habiendo conocido la misma brutalidad, lograron sin embargo desarrollarse».¹⁴ ¿Por qué no aprender de estos ejemplos? ¿Por qué no tomar en serio a estos individuos que en medio de la catástrofe, construyeron estrategias para hacer su vida soportable? Es cierto que esto contradice nuestra visión actual de las víctimas, pero la verdad es que, desde el punto de vista práctico, ellos tienen mucho que enseñarnos.

La cultura es el más amplio de los sistemas institucionales, y dada la neotenia creciente del hombre, las instituciones son un sistema de orientación del ser humano. Cuando las instituciones naufragan los individuos se desorientan, por eso cuando la mayor parte de una población de adolescentes abandonados son delincuentes, esto no prueba que la carencia afectiva conlleve la delincuencia, sino que la sociedad organiza los circuitos sociales que la hacen existir. La manera como los adolescentes están constituidos, muestra cómo la institución los piensa. ❁

13. Cyrulnik Boris, «Résilience et capacité d'évolution» En *Nouvelles problématiques adolescentes. Pratiques institutionnelles en recherche*, Sous la direction de Maryse Vaillant et Jean-Paul Leblanc, Éditions de L'Harmattan, 2001, p. 94.

14. *Ibid.* p. 97.